

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

CARTAS DE AMOR DEL GUERRILLERO

“Desgracia la mía –dice en una de ellas–; verdad, Betita, dígame qué *ago*
y si ya no me quiere, *bida* mía, dígamelo también. Adiós, mi vida”

DE CÓMO, AL FIN, VENCÍO EL GENERAL

Un día de campo organizado por una mediadora dio a Villa
oportunidad de raptar a la mujer que amaba

AUSTREBERTA RENTERÍA Y LUZ CORRAL SE VIERON POR

PRIMERA VEZ EN LA CASA DE CANUTILLO

El encuentro ocurrió cuando Austreberta fue llevada por el general a la hacienda,
después de haberla raptado en las cercanías de Gómez Palacio, Durango

CAPÍTULO VII Y ÚLTIMO

Fue Austreberta Rentería, sin duda alguna, la única mujer que amó Francisco Villa. Solamente el amor pudo haber sido la causa de la tenacidad de Pancho para conquistar el corazón de Betita. Como hombre, como amante, como

El convencionismo

novio, había puesto rendidamente a los pies de la dama todo lo que podía dar: corazón, dinero, poder. Había llegado hasta a parecer como un muchacho de veinte años que, lleno de desesperación, ronda la casa de la amada lo mismo de día que de noche.

A ninguna otra mujer había suplicado Villa tanto como a Austreberta Rentería. La súplica suprema a la amada es cuando el guerrero se resuelve a escribirle; es la única vez que escribe cartas de amor.

Dos fueron éstas. Ambas están escritas con lápiz y en hojas de papel rayado. No tienen fecha, pero son de los últimos días de septiembre de 1920. La primera dice (la ortografía de Villa ha sido respetada):

Betita aquí me tiene en este pueblo y no se como ablar contigo prenda querida solo tu me puedes aser andar por aca pide permiso para benir con esta Señorita para arreglar todos nuestros asuntos ben vida mia.
Que no sepa tu familia que bienes a Ablar con migo.
F. V.

La carta la recibió Austreberta de manos de la señorita Astorga, pero se abstuvo de dar respuesta alguna, explicando a la intermediaria que no quería causar un disgusto a sus padres.

No habiendo logrado la respuesta que anhelaba, el general Villa escribió una segunda carta, también de su puño y letra, que dice:

Betita, a cuanta pena se pasa para hablar con Ud. estube 2 días en esta y me boy porque no es bueno ser tan inperytente, sea por Dios. al examinar que Ud. no estaba en casa no podía mober Jueses pues no fuera que me la escondieran. que desgracia la mia verdad Betita. Contésteme al Canutillo y ponga el sobre particular y digame que ago y si lla no me quiere. Vida mia digamelo tambien tambien. A dios mi vida.
Francisco Villa.

CONTINUAS NEGATIVAS DE LOS RENTERÍA

Tampoco a esta carta hubo de tener respuesta Villa. Sin embargo, Austreberta estaba ya dispuesta a marchar con el amado; pero tenía la esperanza de que sus padres diesen el consentimiento para su matrimonio; creía que a la insistencia

y promesa de Pancho, sus padres aceptarían que se efectuara la ceremonia. El general le repetía en su última carta: estaba dispuesto a “mover a los jueces”, y esto significaba que iba a cumplir su promesa matrimonial.

Pero los esposos Rentería, en vez de acceder a la petición del general, se mostraban más contrarios a la idea de que su hija fuese la esposa de Pancho Villa. Ignoraban que éste hubiera hecho llegar a su hija dos cartas; pero sí estaban seguros de que el enamorado continuaba en sus pretensiones, ya que así se los decían varias familias de Gómez Palacio, a quienes había visitado Villa y a quienes había confiado su deseo.

Entre tanto, el Gral. Villa, desesperado en Canutillo por no tener respuesta de Betita, se dirigió a la señora Dolores Uribe, hermana del “cortador de orejas” y que residía en Chihuahua, pidiéndole hiciera un viaje a la hacienda, para confiarle una comisión. La señora Uribe, ya en Canutillo, fue comisionada por el general para que aprovechándose del parentesco que la unía a la familia Rentería, buscara la forma de ponerse en contacto con Austreberta y ganarla para su causa.

Dolores se instaló en Gómez Palacio, y al poco tiempo lograba conquistar la confianza de la familia Rentería, pudiendo así ponerse en contacto con Betita, a quien dio a conocer la delicada comisión que le había dado el general.

Una terrible lucha interna agitaba constantemente a Austreberta. ¿Desobedecería y contrariaría a sus padres? Por de pronto, no sabía –y tampoco quería dar– la respuesta definitiva a la pregunta que se le hacía a cada instante; pero no se le ocultaba que tarde o temprano tendría que resolverse, bien por abandonar la ilusión amorosa, o bien por realizarla.

La señora Uribe, sin mencionar jamás el nombre del general Villa, había logrado captarse la confianza de la familia Rentería. Podía ya hablar a solas con Austreberta y había logrado obtener una confesión de ésta: sí amaba a Pancho, pero si no se atrevía a dar un paso decisivo, se debía al temor de causar una honda pena a sus padres.

Lo que Betita pensaba y sentía era conocido bien pronto por el general, quien desde Canutillo seguía todos los movimientos de su hábil embajadora. Muchas veces Villa no quedaba satisfecho con los informes que le enviaba Dolores, y entonces sigilosamente llegaba a Gómez Palacio para hablar con la comisionada. Lo que más le interesaba era saber si Betita lo quería o no; y al saber que estaba correspondido, se dispuso a hacer suya a la joven.

El convencionismo

NUEVOS PLANES

Como si se tratara de los planes de una próxima batalla, así dispuso Villa los planes para hacerse de Austreberta. Para ejecutarlos, comisionó a Dolores Uribe, la que, a su vez, había de buscar varias cómplices entre las amistades de la familia Rentería.

Muy ajenos estaban los esposos Rentería de lo que Villa fraguaba en combinación con la señora Uribe.

Hacía ya mucho tiempo que no tenían noticias del general Villa. Además, sabían que el gobierno le había prohibido entrar a Gómez Palacio. Por último, ya no habían recibido más insinuaciones del guerrillero. Debido a todo esto, tenían la seguridad de que Pancho había olvidado a Betita, y que ningún peligro más corría su hija.

Un paseo de campo, preparado cuidadosamente por la señora Uribe, de acuerdo con las instrucciones del general, había puesto en movimiento a todo Gómez Palacio. Participando en el paseo toda la buena sociedad, los esposos Rentería no pusieron reparo a que Betita fuera a la fiesta.

Austreberta ignoraba a ciencia cierta los planes de Dolores Uribe, pero al saber que ésta era la organizadora del paseo de campo, creyó ver en los preparativos la mano de Pancho.

Así, cuando llegado el día del paseo, supo que un grupo de amigas la esperaba para la partida, estuvo a punto de romper en llanto; tenía el presentimiento de que ya no volvería más a la casa de sus padres; pero en aquel momento terrible le saltó la ilusión; la ilusión de verse al lado del hombre que quería. Creyó que esa era la única oportunidad para partir, y ya consciente de lo que tenía la seguridad de que pasaría, se despidió de sus padres y partió.

POR FIN, VENCIDA

La más franca alegría había reinado durante el paseo. Betita había olvidado hasta el remordimiento que había sentido al abandonar su casa. Sin embargo, seguía ignorando los planes de Villa, aunque esperaba verlo de un momento a otro.

Cuando ya las familias se disponían a regresar a Gómez Palacio, la señora Uribe invitó a Betita y a dos amigas más a dar un paseo en coche por las cer-

José C. Valadés

canías, sería un paseo rápido, tan sólo para gozar de las delicias del campo. El coche partió y avanzaba entre huertos cuando, de pronto, en un recodo del camino, los paseantes se encontraron frente al general Francisco Villa. Al grito de sorpresa dado por Betita, acudió solícito, sonriente, cariñoso, el general.

—*¡Por fin, Betita, ya eres mía!* —le dijo Pancho, tomándola entre sus brazos y cubriéndole la cara de besos. Y sin esperar respuesta alguna, la condujo a un automóvil que se encontraba a unos cuantos metros de distancia y acomodándola cuidadosamente en el asiento posterior, dio la orden de marcha.

—*Vamos al Canutillo, Betita* —le dijo una y varias veces Pancho a la amada.

Al llegar a la hacienda, ya era entrada la noche. Villa se dirigió, llevando del brazo a Betita, a la alcoba matrimonial que le tenía preparada desde hacía varios meses, y apenas instalados en ella, Pancho llamó a la servidumbre para que le dieran allí mismo la cena.

UN ENCUENTRO DESAGRADABLE

Pero antes de que volviera la servidumbre con lo pedido, entró a la habitación una señora alta, gruesa, que sonreía amablemente a la recién llegada.

Al verla entrar, Villa se puso de un salto en pie.

—*¿No te he dicho que no te quería ver más y que te fueras?* —gritó Villa.

La mujer bajó la cabeza.

—*¿No te dije que te fueras, porque ya tenía a la dueña de esta casa?* —repitió el general con mayor fuerza.

—*Es que los niños...* —se atrevió a responder la mujer.

Austreberta estaba atónita. Temblaba de pies a cabeza; sentía desplomarse. La mujer aquella era Luz Corral, la primera esposa de Francisco Villa.

—*Deja a los niños, que de ellos se encargará Betita, porque Betita es mi esposa, mi verdadera esposa* —gritó de nuevo Villa.

Luz Corral, que se había acercado a Austreberta Rentería, iba a responder de nuevo, cuando sintió sobre su hombro la mano de Pancho, quien al ver que Betita lloraba, reclamó con furor a Luz:

—*¿Qué le has hecho, qué le has hecho?...*

—*Hable, señora, hable...* —imploró Luz a Betita, temerosa de que Pancho creyera que aquellas lágrimas que derramaba la joven eran el resultado de algún golpe material recibido.

El convencionismo

—*La señora no me ha hecho daño, y solamente le ruego que salga de aquí*—contestó Austreberta.

—*¡Fuera de aquí!*—ordenó Villa y agregó: —*Y si no se me va mañana mismo de la hacienda, ya verá lo que le pasa, y sepa usted que esta señora es mi esposa, y reconózcala como mi esposa.*

Luz Corral, sin decir una palabra de protesta, salió de la habitación.

DUEÑA DE LA SITUACIÓN

Villa, visiblemente nervioso por la escena pasada, no encontraba palabras con qué consolar a Austreberta. Le explicó que la señora Corral se encontraba en la hacienda no porque fuese su esposa, sino solamente porque no tenía otra persona más a quien encargar a sus hijos Agustín, Octavio, Celia y Micaela, a quienes había recogido desde el día que se había amnistiado.

La señora Corral, en efecto, salió en las primeras horas del día siguiente. Desde ese instante Austreberta se hizo cargo de la casa, tomando en primer lugar, cariñosamente, a los cuatro hijos del general, y por quienes este sentía gran afecto. Pancho hizo saber a Betita, que ella disponía de todo: que procediera a amueblar su lugar; que toda aquella gente que a él servía, le serviría a ella como dueña que era de la casa.

Y ganándose definitivamente el amor y la voluntad de Francisco Villa, Austreberta empezó a dictar órdenes: el revolvedero de los gallos debería ser trasladado a un patio interior; plantas tropicales deberían hermosear el jardín; los hijos del general deberían comer a determinadas horas; la servidumbre de la hacienda tendría que dividir sus funciones entre el servicio de la oficialidad y el servicio de los esposos Villa; las habitaciones tenían que ser remozadas.

El general Villa seguía atentamente todas las disposiciones su mujer, aceptándolas totalmente, y repitiendo constantemente que se sentía orgullosos de haber traído “tan digna dama” a su hogar.

CAMBIO DE VIDA

La vida misma del general cambió desde la llegada de Austreberta Rentería. Por la mañana Pancho se levantaba a hacer gimnasia, luego recorría a caballo

José C. Valadés

los campos, llevando consigo a sus hijos Agustín y Octavio a pesar de que Austreberta le pedía que diera más reposo a los jovencitos; más tarde hacía una indispensable visita a sus gallos, platicaba con sus compañeros. Por la tarde, gustaba reunir a sus oficiales y a sus peones para jugar al rebote. A veces competía con sus más humildes trabajadores.

En la noche, después de la cena, se retiraba a sus habitaciones, primero cantaba; cantaba siempre *Las tres pelonas*, o bien, *La fiebre*. Esta canción, sobre todo, era la que más le agradaba, cantándola a Betita, siempre muy entonado:

Si esta fiebre
y el delirio, es mi muerte,
siento en mi alma,
un profundo dolor.
No hay remedio;
mi muerte es temprana, sí;
quiero en tus brazos,
quiero en tus brazos
morir de amor.
Frío sudor
que a mis sienes traspasa.
y si esas lágrimas
que vierto son en vano,
no hay remedio:
mi muerte es temprana, sí;
quiero morir en tus brazos,
quiero morir en tus brazos, morir de amor.

Después de cantar, leía el *Tesoro de la juventud*; lo comentaba con su esposa. Más tarde, ya en ropa de cama, y tirado boca abajo sobre el lecho, escribía los apuntes de su vida, o bien hacía cálculos aritméticos.

SUS TEMORES

Alguna vez expresaba a Betita sus temores de ser muerto traidoramente; pero jamás imaginó que se le arrancaría la vida en las calles de Parral. Siempre cre-

El convencionismo

yó que la hacienda sería un día asaltada por sus enemigos, por lo cual había redoblado la vigilancia. Especialmente cuando salía de Canutillo para dirigirse a Parral, hacía grandes recomendaciones a Austreberta sobre la seguridad de la hacienda, y dictaba órdenes severísimas a sus subalternos.

Betita había logrado que dejara de usar pistola al cinto.

—*Eso le hace mucho daño a los riñones* —le dijo la esposa.

Y Pancho, obediente, desistió de portar el arma, no sin antes haber aprobado la insinuación de Austreberta para que se revisara escrupulosamente el equipaje de todas las personas que visitaran la hacienda.

Cuando Austreberta le anunció la venida de un heredero, el general dio vivas muestras de satisfacción anunciando el próximo acontecimiento a todos sus amigos y escribiendo a sus hermanas Martina y Mariana, que residían en Chihuahua, para que visitaran a su esposa en Canutillo. Las hermanas, en un principio se negaban a reconocer a Betita, por lo cual el general no solamente dejó de comunicarse con ellas, sino que les suspendió la pensión que les daba a pesar de los ruegos de la esposa para que no las abandonara.

EL MATRIMONIO

Al mismo tiempo, el general hacía los arreglos en Parral para contraer matrimonio civil con Betita, habiendo encontrado algunos obstáculos al principio, pero que al fin fueron vencidos. El matrimonio pudo llevarse a cabo el 22 de julio de 1922, siendo testigos Alfonso Gómez Moretín, Nepomuceno Franco, Felipe Santiesteban y Miguel Trillo.

Tres meses después del matrimonio civil, el 27 de octubre, nació Panchito, de quien el general decía constantemente: “es mi misma cara”.

Con el motivo del nacimiento de Panchito, Mariana y Martina se reconciliaron con el general, e hicieron viaje a Canutillo. Villa las recibió fríamente; ellas, respetuosamente, le besaron la mano.

Casi dos años más duró la tranquilidad en el hogar de Villa. El general no hablaba con su esposa más que de sus grandes proyectos para hacer de sus hijos hombres de bien. A veces, se refería a algún político para luego hablar con todo cariño de don Adolfo de la Huerta, a quien llamaba familiarmente Fito.

CELOSO

Amaba entrañablemente a su esposa, tanto así que en alguna ocasión le hizo saber que había sentido celos porque su esposa había pasado, a la hora de la comida el salero a un hombre, y suplicante pidió que no se repitiera el caso.

No sentía ya la proximidad de la muerte, ni menos temía ser víctima de una agresión, ya que constantemente decía que cada día tenía más amigos, de lo cual parecía sentirse muy orgullo.

Y confiado, se despidió de su esposa el día que partió para Parral, a donde no solamente le llevaban sus negocios, sino también el deseo de hacer los arreglos con un médico que atendiera a su esposa, que ya esperaba otro hijo, Hipólito.

Cuando Betita le vio partir de Canutillo no tuvo la más ligera sospecha de que horas después le habían de anunciar que su esposo había sido acribillado a balazos en las calles de Parral, quedando así truncada la felicidad de aquel hogar.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 2 de junio de 1935, año xxii, núm. 110, pp. 1-2.